

ANTONIO LÓPEZ BAEZA

OJOS NUEVOS  
PARA UN MUNDO NUEVO

DE LA EXPERIENCIA MÍSTICA  
A “OTRO MUNDO POSIBLE”

---

DESCLÉE DE BROUWER  
BILBAO - 2014

## ÍNDICE

---

|                                                                                          |    |
|------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| MÍSTICA Y UTOPIA (A MODO DE PRÓLOGO) . . . . .                                           | 13 |
| I. OTRA MIRADA (NECESARIA) PARA OTRO MUNDO<br>(POSIBLE) . . . . .                        | 21 |
| II. VIAJERO EN EL ESPÍRITU . . . . .                                                     | 29 |
| III. EL DIOS CERCAÑO A MÍ EN TODAS LAS RELIGIONES                                        | 33 |
| IV. RAÍCES COMUNES EN LO DIFERENCIAL DE TODAS<br>LAS RELIGIONES . . . . .                | 41 |
| V. PRESENCIA DEL VERBO EN TODAS LAS RELIGIONES<br>DE LA TIERRA . . . . .                 | 49 |
| VI. EL DIOS DESPOJADO DE SÍ MISMO COINCIDE CON<br>EL DIOS MÁS GRANDE . . . . .           | 57 |
| VII. EL MISTERIO DE CRISTO COMO SERVICIO A LA<br>EXPERIENCIA MÍSTICA UNIVERSAL . . . . . | 65 |
| VIII. EL DIOS QUE NOS HABLA EN LOS SIGNOS DE LOS<br>TIEMPOS . . . . .                    | 79 |
| IX. EL SILENCIO Y EL VACÍO, VALORES UNIVERSALES<br>DE LA EXPERIENCIA MÍSTICA . . . . .   | 89 |
| X. EL AMOR DE DIOS DIVINIZA CUANTO TOCA . . . . .                                        | 99 |

|                                                                              |     |
|------------------------------------------------------------------------------|-----|
| XI. CONTEMPLACIÓN DE AMOR Y UNIÓN CON DIOS<br>EN LA VIDA ORDINARIA . . . . . | 113 |
| XII. MÍSTICA Y PROFETISMO EN UN MUNDO<br>GLOBALIZADO . . . . .               | 125 |
| XIII. SÚPLICA A MI IGLESIA . . . . .                                         | 135 |
| BIBLIOGRAFÍA . . . . .                                                       | 147 |

# MÍSTICA Y UTOPIA

## A modo de prólogo

---

Lector amigo:

No tomes por ritual el comienzo de este prólogo. Te llamo “amigo” porque la comunicación sincera, siempre produce lazos de amistad. Yo, personalmente, cuento con muchos de mis mejores amigos entre autores del pasado (y del presente), a quienes sólo he conocido a través de sus escritos. A más no puede aspirar un autor. Tampoco el lector se puede conformar con menos que el hecho de trabar una amistad verdadera, al encontrar en unas páginas algo suyo expresado cordialmente por otro individuo. Nada me interesa un libro en cuyo contenido no veo, como en un espejo, algo mío reflejado, y que me ayuda a conocerme más a mí mismo y a comprender mejor alguna característica del mundo en que vivo. Este mismo libro que acabas de abrir, es un exponente de lo mucho y bien que me han acompañado escritores de diversas épocas y lugares. Al hilo de mi reflexión vienen a mi mente y a mi boca sus ideas y sus citas concretas, afines a mi sentir y hacer actuales, y que hago mías con gratitud a sus autores y como servicio a mis lectores.

¡Cuán hermoso es escribir desde esta perspectiva! Se trata de una necesidad y de un placer a un tiempo. La necesidad de vencer la más dolorosa de las soledades: la

incomunicación del alma. El ser es en sí mismo, según todas las antiguas y modernas sabidurías, comunicación, intercambio, búsqueda en diálogo del bien común, de la verdad que libera. La muerte, como parte de la vida que es, no es muda sino silenciosa: encierra la palabra definitiva que ha de dar luz a todas las palabras dudosas o falsas que pudimos pronunciar (o escuchar) a lo largo de nuestra existencia. Y, si la comunicación es necesaria, a fin de que no se asfíxie lo mejor que brota en el alma de cada uno, ¡qué no se podrá decir del gozo de poner en otras manos la abundancia de tu corazón que busca, para encontrarse, otro corazón amigo en quien descansar!

El tema de estas páginas –la Experiencia Mística en su relación con la posibilidad (necesidad) de un Mundo más justo y fraterno–, ha venido a ser tan capital para mi conciencia en esta etapa final de mi vida, que no quisiera marcharme sin haber aportado mi pequeña luz a cuantos, como yo –y creo que somos muchos– estimamos que los graves problemas del momento presente, no tienen solución si no prospera más el diálogo entre las religiones de la Tierra, basado en lo que es común a todas ellas: la experiencia mística. Sólo con esa mirada libre de prejuicios y de ambiciones, que es la propia de una existencia contemplativa, alcanzaremos a ver que *otro mundo es posible*, condición inexcusable para luchar por que *ese otro mundo* sea realidad tangible.

Pero ¿qué es la experiencia mística? Seguro que tú, querido lector, conoces tantas definiciones de la misma, que resulta superfluo hacerse una vez más esta pregunta. No obstante, compartiendo contigo el pensamiento del maestro Ortega y Gasset –que ahora hago mío– en torno a la sabiduría, la que nos permite conocer lo más real e inefable de los seres y de la vida, me gusta repetir

con él la siguiente fórmula: “*Es una cantidad de saber que se mide por la cantidad de mutismo a que obliga*”<sup>1</sup>. Lo que aquí afirma el pensador madrileño acerca de la sabiduría intuitiva, me parece totalmente adecuado a lo que venimos llamado experiencia mística: un saber que no se basa en el resultado del esfuerzo personal, y que genera un silencio lleno de admiración y entusiasmo.

Dos conceptos tejen la definición orteguiana (cantidad de *sabiduría* y cantidad de *silencio*), en cuya íntima relación se desvela el sentido, es decir, contenido, orientación y valor de lo que aquí llamamos Experiencia Mística. Si bien, en ella, además de la sabiduría por asombro, se debe reconocer (de lo que trataremos más adelante) un elemento de carácter sobrenatural, que no es más que la autoconciencia, por parte del contemplativo (al menos dentro de la creencia cristiana), de estar animado por la fe teologal, don de Dios en su ser profundo.

Se trata de *una cantidad de saber* que, sobre todo, por su cualidad de no ser resultado de ningún esfuerzo programado de la mente, nos remite, tan pronto como se percibe, a una especie de contenida admiración. Se sabe algo que antes no se sabía. Y se sabe sin encontrar ideas ni palabras precisas para expresarlo adecuadamente. Pero se sabe. Se gusta y regusta en el vértice del conocer humano. Se trata de una verdad por encima de otras posibles verdades y síntesis de cuanto es verdadero para nuestra vida. Se agradece haber llegado a alcanzarlo. Basta con haberlo captado en un relámpago de luz para saber que es tan cierto como la existencia misma de quien lo percibe. Para negarlo, tendría que negarme a

---

1. José Ortega y Gasset, *El Espectador* Tomo VII, pág. 83. Espasa-Calpe, Madrid 1966. Tómese esta cita como homenaje agradecido a uno de los primeros maestros que me enseñaron a pensar en mi juventud.

mí mismo. Para que otros me crean, tendré que confiar en que ellos, fundados en su propia vivencia de conocimientos similares, acepten, al menos, la posibilidad del mío. Tal es la cantidad del saber no adquirido y la certidumbre que genera en quien lo recibe, que, la mente razonadora, nada tiene que hacer sino aceptar y callar, siempre que no quiera considerarse a sí misma como valor supremo y árbitro absoluto.

Es un saber que abruma por su libertad de andamiajes intelectivos, sin dejar por ello de afectar a la conciencia que uno tiene de sí mismo, de los demás y aún del universo en que habitamos. No nos aleja de nosotros mismos ni de la realidad que nos envuelve y condiciona; pero sí nos lo hace ver todo bajo una nueva y muy distinta luz. La transformación más profunda que lleva consigo tal sabiduría para el individuo que logra albergarla, es la de la unificación del sujeto consigo mismo y con la entera realidad. Me asombra saber que lo que ahora sé, es un don de la vida que me devuelve a ella más despier-to y agradecido. Saber, como *sabor* auténtico de la vida. Me soy revelado a mí como *yo mismo*. Sé de esta vida en toda su hermosura trágica y trascendente sin apegarme a sus aspectos más gratos ni rebelarme contra su fragilidad. Se me manifiestan los límites de la existencia temporal como horizonte hacia una eternidad ya entrevista y entregozada. Se me afianza el *yo* como un *nosotros* en el que nadie ni nada falta. Todo lo que pueda saber fuera de dicho conocimiento es nada comparado con él. Y no porque el conocimiento místico, de sabiduría intuitiva y de comunión universal, haga desprecio del resto de valores de la existencia humana; sino porque los sitúa en su verdadero lugar en relación con lo único necesario: llegar a ser uno mismo y en sí mismo espacio de relación amorosa.

Mi mayor deseo es que todos los seres consigan esta misma sabiduría. Lo que a mí me toca es callar, para que a través de mi silencio brote alguna palabra verdadera que pueda ser luz para otros hermanos.

Puede que tal sabiduría suene en algunas mentes a juego de palabras e incluso a sueño evasivo de la realidad. Pero el que la vive sabe que no es así; más bien, todo lo contrario. Es un saber que determina y compromete. Determina en la libertad, desde el momento en que el místico que es sujeto de tal sabiduría, se ve libre de las falsas concepciones de la vida basadas en la ambición, el orgullo, la violencia. Aprende a vivir para vivir. Descubre que el fondo de la vida es empatía, solidaridad, comunión, amor. Él es porque existe un universo al que está ligado por múltiples lazos de espacio y tiempo, de relación, de reciprocidad, de herencia genética y cultural, pero sobre todo de responsabilidad. Un saber que no me permite ser al margen de todo cuanto es.

Viviendo, pues, con los demás y para los demás, es como mejor vivo para mí mismo. Entregándome con todas mis potencias y sentidos al momento presente, a lo que la vida me pide aquí y ahora, me descubro realizado y realizándome en abrazo con todas las bondades y bellezas de cuanto existe, naciendo con el que nace y muriendo con el que muere, para siempre renacer a más vida.

En el más recóndito lugar del espíritu humano, abierto a lo numínico de este saber sin palabras, se realiza un hablar interno, una jugosa conversación hacia dentro, donde el cielo de los valores fundamentales de la vida humana se ilumina con los soles más espléndidos. Son las luces de la alegría de vivir, de la confianza



en sí mismo, de la creatividad personal y de la amistad universal; todos ellos en conversación amena, en bosque floreciente, hasta constituir lo que solemos llamar el ser iluminado.

Este ser es todo lo contrario del ser pragmático. La orientación fundamental del ser iluminado corre impetuosamente, apasionadamente, hacia las metas de la esperanza radical, a la que nunca puede renunciar, y en cuya entramada despunta el sol de la utopía, como única luz capaz de embellecer los caminos de los humanos con abundante cosecha de Justicia y Paz. Creer en la utopía será sinónimo de realismo iluminado. En el saber utópico se suman todas las luces del conocimiento más libre y generoso, más audaz y creativo que le son posibles al hombre. No es pragmatismo, puesto que no busca resultados rápidos ni beneficios particulares. Pero sí es sabiduría práctica, porque compromete lo mejor del ser iluminado en función de los intereses más irrenunciables de la humanidad histórica.

Obligado al mutismo por la cantidad del saber místico, la praxis utópica se impone como el único lenguaje capaz de transmitir a los demás algo de la personal vivencia. Como praxis utópica, no puede renunciar a la esperanza radical: jamás podré conformarme con un logro inferior a aquel que la esperanza apunta. En tanto que, como experiencia mística, una confianza radical en el triunfo del bien sobre todas las formas de mal, me coloca en primera fila de esa batalla irrenunciable por otro mundo posible, que los creyentes cristianos llamamos Reino de Dios. Mística y utopía caminarán de la mano, hermanas gemelas del saber y del hacer humanos más acrisolados por el intercambio más enriquecedor entre ambas.

Siguiendo la línea trazada por los párrafos anteriores, pienso, lector amigo, debe quedar de manifiesto que, si otro mundo es posible, tal como deseamos, afirmamos y pedimos a gritos y en silencio millones de gargantas hoy sobre la Tierra, es preciso volver los ojos a la experiencia mística y a la praxis utópica que en ella florece. En la inseparabilidad de ambas se encuentra la savia vivificadora de ese otro mundo posible que necesitamos. Sin él, sin el logro en esperanza de ese otro mundo posible, es el ser humano el que resulta un fracaso en el universo.

Hablamos, ciertamente, de *otro mundo posible* porque éste no nos gusta tal como se desenvuelve actualmente en política y economía; y porque tenemos fe firme y combativa esperanza, en que todo lo que hoy es causa de vejaciones y sufrimiento para enorme número de moradores de este mundo, puede (y debe) ser mejorado, si se aplican los remedios que precisa el diagnóstico de tan grave mal (la enfermedad del lucro de unos a costa de la vida de otros). La enfermedad de haber situado la dignidad humana, e incluso su supervivencia, por debajo de los intereses políticos y sobre todo económicos.

No hablamos de otro mundo posible, como si éste no poseyera en sí ingentes valores y medios para hacer más feliz –por más humana– la vida de quienes a él hemos venido y vendrán. Este mundo, en su realidad global de pueblos, razas, culturas, climas y formas de vida..., me parece maravilloso. En tal sentido, no quiero otro. Pero, precisamente, porque es un mundo portador de incontables posibilidades de bien común, es por lo que precisamos se vea libre de las garras descuartizadoras de un capitalismo salvaje, anónimo y ciego, que siembra, a grandes niveles, división y muerte en todo el ámbito planetario.

Amando mucho a este mundo, como sin duda lo amas tú también, querido lector, bajo el fuerte impulso de comunión y servicio que la experiencia mística desarrolla en el alma iluminada, no puedo menos que ser utópico. Me obliga a ello, tanto mi amor a la vida presente como a la futura. Porque yo estoy en una y otra al mismo tiempo (en la experiencia mística no cabe distinción alguna entre momento presente y vida eterna, entre salvación temporal y plenitud de vida en el más allá). Mi vida de hoy es el fruto decantado de muchas vivencias de amor en largas generaciones precedentes. Mi vida del mañana, la siembro hoy en abrazo solidario, a fin de que alcance a ser cosecha de mayor libertad, felicidad y fraternidad en generaciones futuras.

Nadie, tal vez, en lengua castellana, supo expresar esta utopía (la de **ojos nuevos para un mundo nuevo**) como el poeta guatemalteco Ottó René Castillo<sup>2</sup>, en estos lapidarios versos que nos complacemos en traer aquí:

*Y cuando se haga el entusiasta recuento de nuestro  
tiempo  
por los que todavía no han nacido,  
pero que se anuncian con un rostro más bondadoso,  
saldremos gananciosos los que más hemos sufrido de él.  
Y es que adelantarse uno a su tiempo es sufrir mucho  
de él.  
Pero es bello amar el mundo con los ojos  
de los que no han nacido todavía.  
Y espléndido saberse ya un victorioso  
cuando todo en torno a uno es aún tan frío y tan  
oscuro.*

---

2. *Poesía Revolucionaria Guatemalteca*, Introducción y selección de M<sup>a</sup> Luisa Rodríguez - Zero, S.A. Algorta (Vizcaya) 1969.